

de copas Por Alfredo López J.

Solo... y con hielo

Esto de estar solo se transforma en una agonía donde el pasado pasa a cada rato su cuenta. Me lo dijo el terapeuta: "sí amigo, a partir de ahora te propongo el camino de la soledad, sin pareja, sin vicios, sin nadie si es posible... Es decir, tú, tu familia, tus amigos y tu trabajo".

La verdad, es que lo encuentro deplorable.

Porque sinceramente nunca he estado solo-solo. Pienso en mis desventuras mientras bebo mi botella de Araucano, aquel destilado que une una antigua receta alemana con los secretos de 23 hierbas chilenas y que se convirtió en mi favorito luego que mi amiga Paola Caroca me invitara a beberlo como una bebida para cualquier hora del día, sobre todo en estos inquietos días de primavera.

Imagino este destilado que viene en una botella verde y que tradicionalmente ofrecen en los restaurantes, marisquerías y pícadas porteñas después de las comidas, como un náufrago de los tragos porteños. Sí, porque si me hablan de Copas y de Patrimonio, aparece sin duda este Araucano aguerrido que zarpa del puerto con notas de clavo de olor, boldo, algo de menta y otras hierbas que se han mantenido

en secreto desde que un farmacéutico alemán de nombre Fritz Hausser lo preparara en la esquina de calle Condell para la colonia germana del Cerro Alegre. Su idea era ofrecer un bitter al estilo teutón... Con la diferencia que, en lugar de ocupar las hierbas del la orilla del Rhin, Hausser apostó por las variedades del bosque de Arauco.

Pasó el siglo, pero antes que el boticario milagroso partiera a mejor vida, vendió la receta a un genovés de nombre Virgilio Brusco. Hasta el día de hoy sus descendientes lo elaboran, en las antiguas bodegas de calles Yungay, como el favorito de los digestivos nacionales. Paradojalmente descubro en la red que nuestro bendito bitter volvió a su lugar de origen con su estandarte chilensis, reconquistando a Berlín y Hamburgo con un precio sobre los 1090? la botella.

Pienso en lo cíclico de la vida, de los porrazos, olvidos y reparaciones... y me quedo sólo con mi Araucano, con mi castizo trasplantado.

- "Señor, ¿un Araucano?, me pregunta el mozo.

- "Por supuesto, sólo... y con hielo", le respondo mientras observo que mi silla de enfrente irradia vacío.